

*Por cuya cabsa forçado
a mi convino perder
libertad, gozo y plazer,
y mi saber fue robado
mi poder desbaratado,
mi seso todo vencido;
yo syn ventura metido
en presyon por su mandado.*

No cabe duda que se refiere a los hechos que causaron su exilio; otra prueba de ello son dos versos más del mismo poema que indican su situación: «Y partime sobre mar / syn partir de su serviçio». Este será el poema que mejor confirma el destierro de Juan de Dueñas; sin metáfora ni alegoría el vate expone su condición difícil y expresa el deseo de reconciliarse con su monarca. Al final de la obra pide la intervención de Alfonso de manera también muy franca:

*Por ende, Rey escogido,
rogad por mi vos a el,
no mostrando saña del;
omillmente vos lo pido.*

La primavera del año 1439 fue una época propicia para tal intervención, puesto que las relaciones entre Navarra y Aragón y Castilla iban bastante bien y estaban en plan de negociaciones.

Lo que hizo Juan de Dueñas al regresar a España no está claro: no nos ha dejado poesías a las que se puede poner fecha después de 1439 por sus hechos históricos, tal como hizo en la época anterior a su salida de Castilla. Tampoco quedan documentos que hagan mención de su existencia en la corte castellana en esas fechas. Hay una obra suya, sin embargo, que parece ser escrita durante su segunda estancia en Castilla; va dirigida a Juan II y hace referencia a los tiempos pasados, cuando el poeta era joven y servía a su monarca. Juan de Dueñas se queja aquí de que ya es viejo, de mala salud y por eso se encuentra incapaz de continuar este servicio de la misma forma. En una estrofa que implica sus buenas relaciones de antaño con el rey, escribe:

*Y por ende, Rey muy loado,
ya que vejez me desmaya,
dadme liçençia que vaya
de algund bien acompañado;
y fazed mi sala blanca
con liberal mano franca,
como aveys acostumbrado.*

No se sabe cuándo murió Juan de Dueñas. Pero sí se sabe —únicamente por algunas poesías suyas no bien conocidas— que vivió sin temer casi nada. No le dio miedo afrentar a los hombres más poderosos de la época —Juan II de Castilla y

Alvaro de Luna—. A pesar de que es un personaje menor en el mundo poético del siglo XV y muy menor en la historia de este período, estudiar la vida de Juan de Dueñas mediante sus propios versos le ofrece al lector de hoy un trozo de la historia no escrita del reinado de Juan II. Hemos presenciado el caso de un individuo cuya vida fue destrozada porque sentía la responsabilidad de poner en duda algunas de las normas de la política de su rey bajo la influencia de Luna. ¿Cuántos más vasallos habría que sufrieron el mismo castigo y no dejaron testimonio de la injusticia?

NANCY MARINO
Department of Hispanic Languages
Central Campus
University of Houston
HOUSTON, Texas, 77004 (U.S.A.)

El teatro de Alfonso Vallejo

I

Hace ya bastante tiempo, daba cuenta desde aquí mismo, del primer estreno en España de una obra de Alfonso Vallejo. (Ver *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 363, septiembre de 1980, págs. 604 a 614.) Aquel comentario era la expresión del deseo —y de la necesidad— de la presencia continuada del teatro de Alfonso Vallejo sobre nuestros escenarios. Resultaba a todas luces incongruente e injusto que un autor como Alfonso Vallejo, representado en Londres y Nueva York, con gran predicamento entre la crítica más rigurosa, continuase siendo un desconocido para el público español. De entonces a acá, poco han cambiado las cosas. Lo único, añadir a aquel primer estreno de *El cero transparente* el de *Acido sulfúrico*, pero ello, teniendo en cuenta la producción de Alfonso Vallejo —una veintena larga de obras— y su significación dentro de nuestro teatro más actual, resulta insuficiente. Y, así, Alfonso Vallejo sigue siendo un dramaturgo más leído que representado, merecedor de premios (accésit Premio Lope de Vega 1976 por *Acido sulfúrico*, Premio Lope de Vega 1977 por *El desguace* y Premio Tirso de Molina 1978 por *A tumba abierta*), traducido al inglés y al alemán, referencia obligada al hablar de los autores más destacados del teatro español contemporáneo y, por desgracia, escasamente presente en nuestra escena. El caso de Alfonso Vallejo no es único. Una suerte de maldición pesa sobre buena parte —por no decir la mayoría— de los representantes del llamado Nuevo Teatro Español, que les condena a ser reconocidos como piezas fundamentales en la recuperación de la dignidad y calidad ética y estética de nuestro teatro perdidas durante el franquismo, pero que han de conformarse, y desesperar, con la publicación de sus textos sin alcanzar la asiduidad sobre el escenario. Todo ello —sin entrar en

más honduras, constatando únicamente esa contradicción— va en detrimento de la coherencia de una realidad cultural, la nuestra, que vive o desvive teniendo sobre sí una gran deuda que saldar. Desde la esperanza de que esa deuda sea pronto satisfecha, me acerco ahora al teatro de Alfonso Vallejo * para intentar esclarecer algunas de las claves y constantes significativas que caracterizan y fundamentan su universo dramático, a sabiendas de que estas reflexiones sobre su obra sólo cobrarán pleno sentido cuando sean contrastadas con la experiencia de la puesta en escena; esto es, cuando la «literatura dramática» deje de ser tal y cumpla la función social que la caracteriza, cuando llegue a sus destinatarios en el ámbito que le es propio, no desde los libros sino desde los escenarios.

II

Desde hace mucho el teatro ha dejado de conformarse con intentar retratar miméticamente la realidad. Uno de los signos de la cultura contemporánea es, precisamente, el análisis de esa realidad, pero con elementos ajenos al «realismo». No se trata ya del «real como la vida misma», sino de la manipulación, transformación e interpretación de la realidad dada para llevarnos a otra más honda, más inquietante, más estremecedora y, quizá por todo ello, más auténtica. Alfonso Vallejo sabe esto muy bien. Alfonso Vallejo se aproxima a la realidad desde una poética radical. Lo suyo no es la epidermis, el mero reflejo, el retrato de superficie, sino que incide y socava la apariencia, lo real, hasta llegar a poner al descubierto lo que encierra de irrealidad turbadora. No estamos ante la suma de una serie de materialidades constatables, por el contrario nos adentramos en esa otra dimensión donde se citan y concitan las tensiones, los sueños, las visiones, lo instintivo y lo intuitivo, lo primario y lo primigenio, todo lo que habita en las capas más ocultas del espíritu y de la mente, todos esos fantasmas que se amalgaman para dar como resultado lo esencial de la condición humana.

Desde este punto de vista, en Alfonso Vallejo encontramos mucho de los grandes clásicos de la tragedia. La poética teatral de Alfonso Vallejo es la de la tragedia contemporánea, sólo que aquí no hay enfrentamiento contra los dioses o el destino, sino la confrontación con la crueldad de unas estructuras, la disección de las relaciones entre los seres humanos, el ahondamiento en la propia identidad y, también, la conciencia del dominio de la muerte. No importan los temas, los argumentos sobre los que se sustentan las tramas de las obras de Alfonso Vallejo. En todas ellas los personajes son seres con encarnadura propia, no excusas para un discurso intelectual, ni representación abstracta de una colectividad o un concepto. Alfonso Vallejo penetra

* Esta aproximación tiene como base el análisis de la producción teatral de Alfonso Vallejo publicada hasta el momento en España, y que aparece recogida en los siguientes volúmenes:

— *El cero transparente, Acido sulfúrico y El desguace*. Edit. Fundamentos. Madrid, 1978.

— *Monólogo para seis voces sin sonido, Infratonos y A tumba abierta*. Edit. Fundamentos. Madrid, 1978.

— *Cangrejos de pared, Latidos y Eclipse*. Ediciones de la Torre. Madrid, 1980.